

El hombre en el olvido

Christina McKenna

El hombre en el olvido

Christina McKenna

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Capítulo uno

Jamie McCloone se despertó aturdido y rígido por culpa de un lumbago no diagnosticado.

No tenía buen aspecto esa mañana, sobre todo después de haber pasado la noche bebiendo, aquejado de un amargo desvelo. Había dado vueltas en la cama, llorado, blasfemado, maldecido a su madre (bueno, a todas las mujeres en general, sobre todo a las monjas) y deseado que una plaga acabara con los niños menores de diez meses, la edad a la que su madre lo abandonó dentro de una bolsa en un escalón del convento de la caridad de las hermanas de Santa Agnes, en la ciudad de Derry, durante una fría mañana de noviembre de 1934.

Desde aquel día comenzó a temer la oscuridad. Era como estar en un bolsillo gigante del que no podía salir. También le daba miedo que una mujer lo golpeara en sus nalgas desnudas. O el sonido de los rosarios colgantes. O que alguien lo encerrara en un baño o en una celda. O comer gachas en un cuenco de madera o tomar aceite de ricino con cuchara. Ésas eran las secuelas que seguían grabadas en la grumosa geografía de su cerebro a pesar de los años transcurridos. Era incapaz de olvidarlas, lo que había hecho de él alguien desconfiado y ansioso ante cualquier cambio, alguien obligado a vivir una vida ligera, llena de sueños huecos y esperanzas rotas, sin demasiada alegría, sin demasiado sentido y sin demasiado amor.

Jamie bostezó exageradamente, pasó una mano sobre sus mejillas sin afeitarse y se rascó la oreja derecha. Era un poco más alta que la izquierda, daba la sensación de que estaba sufriendo el permanente tirón de orejas de una mano celestial. Esa deformidad menor había provocado las burlas de sus compañeros de clase y las miradas curiosas de los viandantes cuando iba por la calle. Mientras

los demás niños fantaseaban con trenes y pistolas de vaqueros, él soñaba con tener un par de orejas como Dios manda.

Sentado en el borde de la cama, se quedó mirando sus pies de cuarenta y un años mientras se preguntaba para qué servían. En ese momento los veía como un instrumento de tortura, un admínículo para expulsar a patadas la agobiante figura de la bruja que seguramente había sido su madre. Jamie no era un hombre violento, pero aquella mañana, quizá porque la resaca parecía más dura de lo normal, se quedó sentado más tiempo, mirando, disfrutando de esa agradable venganza mientras fuera los pájaros piaban, el perro ladraba, el gallo cacareaba, las vacas mugían y el día despuntaba. El sol arrojaba un manojo de rayos a través de la ventana.

El reloj de la entrada dio las siete y lo sacó de su ensueño. Se levantó con cuidado y comenzó a vestirse.

Primero se puso una camisa de cuadros rojos. Después, sus pantalones cargo, abrochados sobre su tripa en expansión, con unos innecesarios tirantes que estiró y colocó en su sitio con un gruñido de satisfacción. Luego cogió sus botas de agua cubiertas por el barro del invierno anterior. Estaban en su sitio, tras la puerta de la habitación.

Llenó la tetera abollada, prendió una cerilla sobre el hornillo de gas, sacó un tazón desconchado de entre los platos que se apilaban en el grasiento fregadero y preparó un té.

Se movía a través de ese espacio atiborrado con un cuidado extremo, como si llevara sobre su cabeza un saco de cien kilos de carbón; como si tuviera el cuerpo erizado de antenas sensibles a cualquier roce o hecho con un material delicado que lo obligara a caminar cuidadosamente sobre una cuerda floja de cristal.

La granja de piedra caliza de Jamie McCloone estaba en la región de Duntybutt y era una casa con dos habitaciones en el piso inferior y otras dos en el superior que había heredado de sus tíos

adoptivos, Alice y Mick. Había cambiado poco en sus ciento cinco años de historia. Ninguna mujer había durado allí lo suficiente para pulir sus asperezas, ningún hombre con una mínima sensibilidad había cruzado su umbral sin contener la respiración. El padre Branigan, el cura del pueblo, siempre vacilaba al entrar cuando acudía durante la recaudación mensual de su estipendio. Entonces sacaba un pañuelo y aparentaba limpiarse la nariz para no ofender. «Es la bronquitis, Jamie. Nunca me abandona. Es la cruz que Dios me ha dado.»

Jamie vertió el té con una mano temblorosa y llevó el tazón y su doliente cuerpo hasta el sofá que había junto a la chimenea. Cogió un Valium y se lo tragó. Utilizaba ese medicamento contra la realidad, contra los recuerdos del pasado. Desde que murió su tío se había visto obligado cada vez más a menudo a lidiar con las arenas movedizas de su infancia. Las pastillas lo ayudaban a mirar por encima del lodo.

Los exigentes ruidos de la granja llegaron hasta él en una discordante melodía. Cada uno de ellos pedía alimento o le recordaba el trabajo que tenía aún por delante.

—Eztoy con vozotros en un minutillo —gritó—. Vaiz a comer a vueztra hora, como debe zer.

Se inclinó para atizar el fuego moribundo. Éste respondió con un suave silbido. «El mismo demonio», pensó Jamie.

Un trozo de brasa saltó de pronto y cruzó la habitación, golpeó una de las patas de la mesa y acabó bajo el sillón de Jamie, sobre la capa de mugre que cubría su casa. Puso el atizador en su lugar, se recostó en su asiento y miró su regazo.

Sus pantalones tenían un roto en la rodilla izquierda. Hacía dos semanas se había enganchado en la alambrada de una pendiente cuando ataba la cabra a una estaca. Desde aquel pequeño accidente, Jamie estudiaba cada día la tela, ponía su dedo índice en el agujero, hurgaba un poco y pensaba que quizá sería mejor darle un par de

puntadas antes de que se agrandara. Sus ojos se deslizaban con mala conciencia hasta la vitrina donde un abanico de agujas se apoyaba contra un plato de orla verde. Recordaba habérselas comprado a una gitana que agarró su brazo cuando metió el penique en su bolsillo.

—Diosh te lo va a agradesher, hijo. A tu alrededor hay musha oscuridad, pero también hay lush, si sabes mirar bien —sus ojos brillaron bajo la luz del día y su diente dorado centelleó.

Jamie rememoró la imagen de la mujer para concluir que todo aquello había sucedido mucho tiempo atrás y las agujas ya estarían oxidadas a esas alturas. E incluso si no lo estaban, ¿de dónde podría sacar el hilo? Pero, en el fondo, ¿qué más daba? Al fin y al cabo, ¿no lo verían sólo las vacas y el cerdo?

Suspiró aliviado y sonrió. El asunto de los pantalones rotos, las agujas y la gitana eran recuerdos que había enterrado en esa caja de «cosas-que-deben-esperar-durante-un-tiempo», en el fondo de su memoria. Era una caja cada vez más pesada donde se acumulaban los trabajos que no quería hacer y las débiles intenciones de un hombre sin mujer cargado de fechas aplazadas.

Hubiera aplazado también el trabajo en la granja, pero como el tío Mick ya no estaba para arreglar las vallas, despinochar el maíz, llenar los pesebres de comida y golpear con una vara de fresno el trasero de las vacas, el trabajo recaía sobre él. El día se desplegaba ante Jamie. Y tal y como era su costumbre, creía necesario echarse una pequeña siesta antes de ponerse en marcha. Pero las necesidades de la granja se hacían más urgentes con su prolongada inactividad.

Tras diez minutos se levantó de pronto, se terminó el té, remojó la taza bajo el grifo, volvió a dejarla en la pila y regresó a su habitación a adecentarse.

Las abluciones matutinas de Jamie consistían en peinar su lastimoso pelo y frotarse la cara con las manos. Bajó la vista has-

ta clavarla en el espejo desgastado que reposaba sobre la cómoda y se observó con tristeza. Su pelo le caía a modo de cortina sobre el hombro izquierdo como una cola de burra. Una cicatriz le recorría la cara desde su ojo derecho hasta el mentón, como si todo el dolor de su vida pudiera reflejarse ahí. Su nariz grande y su boca lúgubre conspiraban para alejarlo de la belleza. Pero uno olvidaba todas las imperfecciones de su cara gracias a sus inocentes ojos verdes.

Suspiró ante la imagen que el espejo le devolvía: la de un viejo profeta lleno de caspa. Cada mañana, antes de peinarse, sentía una punzada de conmiseración por su mala pinta seguida por una voz admonitoria: «Dioz mío, mira el azpecto que tienez».

Mohino y desolado, arregló los preciosos mechones que aún crecían en su desierta cabeza. Los sostuvo cuidadosamente y luego los extendió de lado a lado sobre el cuero cabelludo. Acabada esta operación tan ingrata, este hijo de la tierra estaba dispuesto a hacer frente a su jornada.

Como la higiene personal no era un hábito de los días laborables, podía trasladarse del dormitorio a la granja en cinco minutos. Los domingos, sin embargo, hacía un esfuerzo especial con la cuchilla, el peine, el jabón y el barreño de agua. Luego iba al mercado y a misa.

Lo que Jamie McCloone no sospechaba aquella mañana es que pronto tendría que dedicar tanto tiempo y esfuerzo a su estampa que incluso el Creador de sus días iba a quedar relegado a un segundo plano.

Capítulo dos

Lydia Devine dobló su jersey gris con cuello de pico (50% angora, 33% lana y 17% poliamida/acrílico) formando un cuadrado perfecto y luego lo metió en un cajón de la cómoda con un gesto de felicidad contenida.

El año lectivo había terminado y el verano se anunciaba luminosamente en la ventana de su habitación: sentía que era el momento de guardar la ropa de invierno. El momento en que los días fríos dejaban paso a los cálidos, los cielos grises a los azules y el trabajo cedía ante un merecido descanso: era el momento más feliz del año. Ni le desagradaba su trabajo ni adoraba el sol (de hecho, odiaba quemarse): simplemente le gustaba disponer de tiempo para sí misma, para leer novelas, escribir cartas y dar largos paseos campestres.

Suspiró con alegría ante esa perspectiva. Con el corazón ligero y la cabeza llena de ideas, bailó hasta el armario de caoba y, como si fuera la ayudante de un mago, abrió las puertas de par en par. Dentro se apilaban en perfecto orden varias cajas con etiquetas que contenían las atractivas camisas y los vestidos informales para los próximos dos meses carentes de preocupaciones.

Nada le gustaba más a Lydia que un ambiente ordenado. Tantos años enseñando a los niños la higiene, el rigor, la pulcritud, las buenas maneras y las buenas posturas la habían transformado en una fervorosa amante de la corrección.

Se vistió frente al espejo, contenta de que su cuerpo todavía le permitiera subir sin dificultad la cremallera del vestido. Como tenía cuarenta años y seguía soltera, sentía una cierta obligación de mantener un aspecto juvenil. Sabía que los hombres suelen conformarse con un buen cuerpo si no hallan una cara bonita.

Se sentó frente al tocador satisfecha consigo misma, pero enseguida experimentó una conocida tristeza ante la visión de su cara. Había poco que admirar en ella. Su nariz era demasiado larga y su boca y ojos demasiado pequeños. Una gran arruga entre sus cejas testimoniaba los años que había pasado escuchando los problemas y dilemas de sus jóvenes alumnos. Sus mejillas estaban demasiado coloradas. El viento del invierno tenía el mismo efecto sobre ellas que el sol del verano. Nada irremediable, podía solucionarlo, como siempre, con una buena capa de polvos de Max Factor.

La operación del maquillaje no solía durar mucho. Había leído en la columna de belleza de Dorothy Dibbir en *Woman's Realm* que el pintalabios y las sombras de ojos sólo deben usarse para acentuar la belleza de ojos y labios, no para resaltar sus defectos. Había aceptado el consejo. Sus prioridades consistían en empolvarse bien la cara y arreglarse el pelo. Eran las únicas mejoras que creía factibles.

Se levantó alegremente, se alisó el vestido, colocó el taburete tapizado de satén bajo la mesa y salió de la habitación. La siguiente prioridad era el desayuno de su madre.

Cuando entró con la bandeja en la habitación de su madre veinte minutos después, Lydia se sorprendió al descubrir a la señora sentada en la cama mientras tejía furiosamente un jersey de ochos.

— ¡Se ha levantado muy pronto esta mañana, madre!

Intentaba que su tono matutino fuera lo más distendido posible para aligerar la atmósfera. Pensaba que aquello era necesario ya que, como le pasaba con sus alumnos, enfrentarse a su madre siempre iba unido a la misma sensación de temor. Dejó la bandeja frente a ella en la cama.

— Gracias, querida.

Elizabeth Devine se quitó las gafas y las dejó en la bolsa que descansaba a su lado. Era una mujer enérgica y decidida de setenta y

seis años, muy consciente de su posición como matriarca. Era igual de cuidadosa con su aspecto que su hija.

Sentada hieráticamente en la cama parecía una muñeca salida del geriátrico. Llevaba una elaborada chaqueta de color rosa claro llena de lazos y flores. Sus ojos azules y sin cataratas seguían cada movimiento de su hija.

Sólo la nariz aguileña, un rasgo familiar que Lydia agradecía no haber heredado, arruinaba su aspecto infantil. Cuando todavía era joven y uno la veía de frente, Elizabeth parecía una princesa. Pero de perfil era su hermana fea.

— ¿Ha tenido una mala noche? —preguntó su hija, preocupada.

— Me ha despertado el sol —miró a Lydia con ojos de fiscal—. Anoche no corríste bien las cortinas.

— ¿De verdad? Lo siento mucho, madre. De todas formas hace una hermosa mañana, ¿verdad?

Se sentó, como cada día, en la silla que estaba al lado de la cama y esperó a que la madre comenzara a quejarse del desayuno o del aspecto de la hija. Ambas estaban tan acostumbradas a ese ritual (una acusaba y la otra se defendía) que su primer encuentro matutino se parecía mucho a un juicio en primera instancia.

Hoy el problema no estaba en el desayuno sino en la indumentaria de Lydia.

— ¿Pero para qué te has disfrazado hoy? ¿Has quedado con alguien o qué? Ya sabes que el director está casado —vio cómo las mejillas de su hija se sonrojaban a pesar de la gruesa capa de maquillaje.

El miedo más grande de la señora Devine era que Lydia encontrara un marido y la abandonara. Su querido esposo había muerto hacía un año y esa tragedia, sumada a su avanzada edad, habían hecho que perdiera el anclaje en la realidad. Se daba cuenta de que, sin la mano férrea de su padre, Lydia conseguiría soltar amarras e intentaría independizarse.

La única manera de luchar contra las inclinaciones de su hija era recordarle que los hombres son la encarnación del mal. Así que aprovechaba la más mínima oportunidad para despotricar sobre las flaquezas de los varones y las desdichas del matrimonio.

—Los hombres, casados o solteros, sólo tienen una cosa en la cabeza. Escucha bien lo que te digo.

Golpeó la punta del huevo pasado por agua con su cucharilla de plata. Era parte de un regalo de boda que le había hecho el Círculo Femenino del Club Ballinascudy.

—La única razón por la que me casé con tu padre fue que no estaba interesado en el deplorable trasiego de la cama.

Sacó un poco de huevo y lo sostuvo en alto.

—La única razón por la que tuvimos relaciones era...

—Sí, ya lo sé. Para traerme a mí al mundo —Lydia conocía bien el guión y contestó antes de que ella lo hiciera.

—¡No te hagas la listilla con tu madre!

—Madre, tengo cuarenta años. Ya no soy una niña, pero usted sigue machacándome para que me sienta culpable de existir. ¿No le parece que ya está bien?

Se levantó y se acercó a la ventana. Tenía los brazos cruzados.

—¡Este huevo está demasiado hecho! ¡Ya sabes que mi estómago no me permite comer nada duro! —la atmósfera se rompió con la ira repentina de Elizabeth—. El doctor Moody dice que debo ser muy cuidadosa.

—No puede ser... —Lydia intentó concentrarse en el pequeño verdón que se acababa de posar en la farola del jardín—. Ha hervido los cuatro minutos de siempre, medidos con el reloj de Letti McClean.

En la casa de la señora Devine, cada reliquia llevaba el nombre de su anterior dueño. Era una costumbre que Elizabeth había adquirido de su madre y que había heredado su hija. Lydia había sido criada entre fantasmas de amigos y conocidos que vivían alojados en un maremágnum de trastos y baratijas.

—¡Ah! ¡Lettie McClean! Ésa sí que era una mujer. Siempre tan hábil con sus manos —Elizabeth se embarcó en uno de sus monólogos sobre la amiga fallecida y se olvidó del huevo—. Podía hacer lo que quisiera con sus manos, vaya que si podía. Su masa pastelera era objeto de todas las conversaciones de la parroquia.

El verderón se echó a volar, dio una vuelta al jardín y volvió a posarse en la farola con su pecho latiendo. Lydia se maravilló de su belleza sin atender a la cháchara de su madre.

—Era la mantequilla, ya ves. Me dijo una vez que su secreto era utilizar Kerry Gold. Y no esa repugnante manteca que todas usábamos entonces. Su tarta de manzanas ganó tres años consecutivos el premio en la fiesta de Acción de Gracias por la cosecha.

El pájaro alzó el vuelo de pronto y Lydia volvió a la realidad. Se volvió y vio con disgusto que el pan y el huevo apenas estaban empezados.

—Madre, ya conozco todas las historias de Lettie McClean y de sus tartas. Las he oído a menudo. Ahora tómese su desayuno antes de que se quede frío. Tengo que marcharme.

Casi había gritado las últimas palabras, pero consiguió recuperar la compostura.

—Ya no quiero más —dijo Elizabeth, desafiante, mientras apartaba la bandeja.

—Madre, no ha comido nada. Vamos a tener que tirar toda esa estupenda comida a la basura.

Elizabeth intentó contener la bronca que le salía del alma. ¡Cómo habían cambiado las tornas! Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas. La mujer madura de la ventana ya no era la niña dócil de antaño. Lydia había crecido lejos de su alcance y había dejado atrás sus coletas, sus calcetines por los tobillos, sus muñecos, sus cuadernos para colorear y las historias que le contaba para ayudarla a conciliar el sueño. ¡Cómo deseaba que esos tiempos volvieran! Cuando todavía era la única hada capaz de abrir las

compuertas a la imaginación. Cuando todavía tenía poder en el reino de sus sueños.

Hizo un esfuerzo para no perder los nervios. Sabía que era fundamental mantenerse impassible. Hurgó en la bolsa de la costura para buscar sus gafas.

—Todavía no me has dicho por qué te has arreglado tanto —dijo regresando a la actitud combativa.

—Madre, es el primer día de vacaciones, ¿lo ha olvidado? Me he vestido así porque me apetecía. Porque soy libre —se volvió hacia la ventana—. Bueno, casi —añadió en un murmullo.

—Bien, entonces podrás llevarme a la peluquería. Tengo la excursión del Instituto Femenino el jueves y le prometí a Beatrice Bohilly que intentaría ir, aunque sólo fuera por la memoria de tu querido padre.

Se tocó el pelo con las dos manos como para comprobar que seguía siendo suyo.

—Siempre quiso que estuviera guapa —continuó—. Y seguro que no le gustarían mis mechas. Ya sabes, a veces tu padre podía ponerse muy estricto, sobre todo con el arreglo de las mujeres. El pintalabios era para las fulanas de Roma y las joyas para las clases ociosas y...

—En ese caso espero que esté lista pronto. Vuelvo en un minuto.

Lydia se apresuró a recoger la bandeja. Tenía miedo de que su madre la atrapara con otro de sus largos recuerdos.